

y la destrucción que levantó a su paso acabaron con la corta historia del *gentleman* español.

Moreno Cantano, Antonio César (coord.), *Cruzados de Franco: Propaganda y diplomacia en tiempos de guerra (1936-1945)*. Gijón, Ediciones Trea, 2013, 334 pp.

Por David Jorge
(Wesleyan University)

El presente tomo colectivo completa la trilogía coordinada por Moreno Cantano en relación con la acción franquista en el exterior en tiempos de guerra (1936-1945). Se trata de un período de evidente interés y que no ha sido suficientemente explorado hasta el momento. Los abundantes trabajos sobre la política exterior del franquismo se han enfocado desde una narrativa general, centrada fundamentalmente en la supervivencia del régimen a través de la coyuntura de la Guerra Fría. Pero, desde finales de los años cuarenta, la posición de Franco había pasado a ser la del *Centinela de Occidente* y último valladar en el Viejo Continente frente a la sempiterna amenaza comunista. Basta seguir el rastro de las impresiones de Winston Churchill respecto a España para perfilar tales consideraciones hacia el sur de los Pirineos.

No deja de resultar significativo el hecho de que fuese repetidamente desde el exterior desde donde se asentó al autoproclamado Generalísimo en una jefatura indiscutible: ocurrió en 1936 con Mussolini y Hitler, con los británicos durante la Segunda Guerra Mundial y los inicios de la Guerra Fría, y con los estadounidenses en 1953. No le faltaba razón al propio Franco cuando, tras la firma de estos últimos acuerdos, proclamó que en aquel momento ya podía decir que sí había ganado la guerra. Todos estos *padrinazgos* le sirvieron además para eliminar toda disidencia interna, lo que tuvo como consecuencia –no del gusto de las democracias occidentales, pero visto como un mal menor a fin de cuentas– la imposibilidad de alternativas más *presentables* de cara al exterior como una restauración monárquica personificada en la figura de don Juan de Borbón. Por su parte, la España franquista vigorizó su perfil católico en detrimento del fascista. El primer paso, en cuanto se empezaron a torcer las cosas para el Eje en el frente de batalla, fue la destitución de una figura clave del régimen como Serrano Súñer, ministro de Asuntos Exteriores partidario de involucrarse en

la suerte de Alemania e Italia. Y, tal y como afirma López Zapico en su capítulo de la obra aquí presentada, terminó entrando en el nuevo mundo bipolar “de la mano de Estados Unidos, tras interpretar Franco que era el momento de guardar en un cajón las fotos de Hitler y Mussolini para depositar toda su fe en el crucifijo”.

Pero, ¿y antes de ese asentamiento en la esfera internacional? Se trató de un tiempo de vaivenes, riesgos y tensiones, con el régimen franquista en una posición nada clara. Ello hace más que interesante la profundización en el período en el cual se centra la presente obra: una era de guerra, primero en suelo español y finalmente mundial. Y dicha tarea se hace en estas páginas a través de diversos casos particulares que aportan abundantes datos desconocidos hasta la fecha.

Se inicia la obra con un análisis general de la política exterior del franquismo por parte de Juan Carlos Pereira, quien aprovecha para llamar la atención sobre la indignante situación actual de los fondos archivísticos en España, caso único en Europa (y también más allá del Viejo Continente). Y lo cierto es que los fondos del Ministerio de Asuntos Exteriores todavía reservan muchos años de tarea de exploración para los historiadores, especialmente en relación con la diplomacia franquista (el llamado ‘Archivo de Burgos’). Quedan además otras sombras que alumbrar, como los sobornos por parte británica a militares de tendencia monárquica durante la Segunda Guerra Mundial, con el fin de que convenciesen a Franco de cara a abstenerse de involucrarse en la contienda, y que Ángel Viñas desmenuzará –junto a otras relevantes sorpresas– en una obra de próxima aparición. O el desprecio hacia toda idea de internacionalismo y multilateralismo, plasmado en la salida unilateral de la Sociedad de Naciones nada más concluir la guerra en España, siguiendo los pasos de Alemania e Italia y motivando una situación de aislamiento total para el régimen franquista en cuanto Hitler y Mussolini cayeron derrotados un lustro más tarde.

La mencionada exposición general del primer capítulo abre paso a estudios específicos sobre la articulación de la voz franquista en el exterior, representada por personajes de lo más variopinto. La política internacional del régimen transcurría desde la cúspide del poder encarnada por Franco y su segundo, Carrero Blanco,

pasando por sus sucesivos ministros de Exteriores (Gómez-Jordana, Serrano Súñer, Beigbeder, Lequerica, Martín-Artajo) hasta el personal diplomático de cada legación exterior. Se trató de una voz exterior cambiante y derivada de la acción (coordinada, superpuesta o improvisada, dependiendo de cada caso y coyuntura) entre los diferentes gabinetes gubernamentales y una administración exterior con estructura y velocidad propias.

En un país marcado por un muy arraigado catolicismo -del que, no se olvide, también estaban impregnado un número significativo de defensores de la causa republicana- como era la España de los años treinta, la propaganda de carácter religioso no era tema baladí. El bando sublevado centró tales esfuerzos en Londres y París, ciudades que contaban con un importante número de españoles entre sus residentes. La República no descuidó tal flanco, y Moreno Cantano rescata iniciativas como la creación de la Oficina de Propaganda Católica creada en julio de 1937 en la capital gala, y cuyo cometido fue la publicación de obras sobre cuestiones religiosas y el establecimiento de contactos dentro del mundo católico latinoamericano, francés y del resto de Europa. Durante la Segunda Guerra Mundial, destaca la oposición del Vaticano a las indisimuladas simpatías hacia el Eje dentro del régimen de Franco, particularmente desde las filas falangistas. Resulta muy significativo, como señala el autor, el hecho de que entre 1936 y 1945 todos los actores “vieron en temas como la persecución religiosa, los ataques a edificios sagrados, la vinculación con ideologías no católicas (comunismo o nazismo) un elemento clave para recabar apoyos a nivel internacional y nacional, máxime en un país de marcada tradición y cultura cristianas”, así como “la repetición de argumentos utilizados por la propaganda republicana y aliada en sus publicaciones, como la ‘imposible’ alianza entre la católica España franquista y la pagana Alemania de Hitler. De igual manera, las potencias del Eje y la *España Nueva* reprocharon a sus adversarios las conexiones con la atea y marxista Unión Soviética”.

El capítulo de Alberto Pena sobre la situación diplomática y propagandística en Portugal aporta un paso más acerca del papel del vecino luso, algo de lo que hasta ahora se han venido ocupando con mayor ahínco, precisión y éxito autores portugueses que españoles, y lo hace basándose en documentación primaria, tanto

española como portuguesa. Desde la salida de Sánchez-Albornoz de la embajada –tras no pocos traumas previos-, tanto Lisboa como el resto del país se convirtieron en territorio en el cual los camparon a sus anchas pro-franquistas de diverso cuño, aunque muy especialmente los monárquicos alfonsinos. Los apoyos portugueses a los sublevados fueron de muy diversa naturaleza y surgieron desde múltiples plataformas. El Estado Novo sirvió como el mejor altavoz internacional para el campo franquista. De ello trató de sacar provecho el hermano del Caudillo, Nicolás Franco, tras su nombramiento como embajador en Lisboa. Siguen quedando muchas páginas por escribir en torno al papel de Salazar en la cuestión española.

Por los diferentes capítulos desfilan representantes del régimen con diferentes lealtades y tendencias ideológicas, además de otros variados simpatizantes. Entre estos últimos encontramos a un aventurero como el británico Peter Kemp, conservador hasta la médula, movido por unas convicciones plenas y defendidas a lo largo del tiempo por todo el mundo en aras de combatir su obsesión comunista -o todo lo que él contemplase como tal-. Luis Arias sigue su infatigable trayectoria desde su experiencia de juventud (adonde llegó desde la Universidad de Cambridge, lugar bastante especial en aquellos tiempos, en el que coincidió con el grupo de espías conocido como *Los cinco de Cambridge*) hasta la invasión del Budapest de Imre Nagy por los tanques soviéticos en 1956.

Rosa Pardo proporciona una nueva visión, más matizada, del que fuera director general de Política Exterior durante la Segunda Guerra Mundial, José María Doussinague. Este retrato presenta a un profesional de la diplomacia en búsqueda de un equilibrio posible entre un nacionalismo muy conservador y un espíritu internacionalista, basado en su fe en el Derecho Internacional, la paz y el entendimiento entre los Estados. Tal visión venía determinada por su experiencia de juventud en el consulado de España en Ginebra, donde tuvo la oportunidad de seguir los primeros pasos de vida de la Sociedad de Naciones en el inicio de la década de los años veinte. La contienda española y el conflicto general que le siguió echaron por tierra aquella búsqueda de un punto de encuentro entre sus mencionadas líneas de fe. Prevaleció su vena nacionalista, la cual casaba mejor con sus principios más íntimos, y ello le granjearía una

posteridad como germanófilo y antisemita que lastró tanto su trayectoria a partir de 1945 como su imagen hasta nuestros días.

Siguen unas excelentes aportaciones por parte de Florentino Rodao y Misael Arturo López Zapico en relación con la Falange y su Servicio Exterior. En el primer caso, se centra el relato en el diplomático falangista José del Castaño (“más falangista que diplomático”, como titula el propio Rodao el capítulo en cuestión). Dicho personaje tuvo una interesante trayectoria como delegado nacional del Servicio Exterior de Falange, y posteriormente como cónsul en Manila, un escenario en el cual se escenificó de forma más evidente que en ningún otro las luchas entre las diferentes tendencias dentro del bando de los sublevados. Éstas también se disputaron el dominio oligárquico sobre la comunidad de españoles en Filipinas, gran objetivo de Castaño en la antigua colonia.

López Zapico analiza la potenciación de la propaganda falangista tras el inicio de la guerra, a menudo en competencia con la propaganda de la derecha católica. Se trató de la historia de un fracaso en terreno poco abonado para una ideología restrictiva al máximo con toda libertad. Los esfuerzos, con una estrategia “centrada en captar a las elites”, naufragaron del mismo modo en que lo hizo el Consejo de la Hispanidad. Washington “aprovechó hábilmente la ocasión para exagerar la amenaza y asegurar, de este modo, la inviolabilidad de su patio trasero”. Se trata de un capítulo que viene a complementar los notables trabajos de Marta Rey García (1936-1939) y Alejandro Pizarroso Quintero (1939-1945).

Tras un capítulo dedicado al diplomático Juan Pablo de Lojendio –cedista original reconvertido de alguna forma, como tantos otros, a los postulados falangistas, si bien con la constante de unas profundas convicciones religiosas que marcaron su tarea- a través de su labor en Argentina y Uruguay a lo largo de los nueve años que comprende el volumen, termina éste con una perspectiva analítica general –no limitada estrictamente al marco cronológico de la obra- del hispanoamericanismo desde la perspectiva de Vicente Rodríguez Casado el grupo americanista de Sevilla. Una visión fundamentada en una interpretación de la Historia “en la que el sustrato religioso sería el elemento determinante del ser nacional”, y que serviría como plataforma para devolver a España a la primera línea de la escena internacional. En

base a ello, se contemplaba una alianza de naciones hispánicas como contrapeso al poder de los países anglosajones dentro del bloque capitalista en los tiempos de la Guerra Fría. Una vía alternativa que mitigaría los excesos individualistas propios de la concepción anglosajona del modelo capitalista. Mediante tal cambio de valores, “se pensaba que podría reforzarse la posición de Occidente con un rearme intelectual capaz de enfrentarse a la amenaza marxista”, considerada como “la antítesis de la civilización”. Al igual que otros intentos de legitimación ideológica del franquismo en el exterior, fracasó. Pero ello no fue impedimento para la supervivencia de un régimen anacrónico en medio de una coyuntura internacional favorable, con el comunismo como nueva amenaza a batir tras la derrota del fascismo en 1945.

Oliver Olmo, Pedro (coord.), *Burorrepresión. Sanción administrativa y control social*. Albacete, Bomarzo, 2013, 191 pp.

Por Jesús-Carlos Urda Lozano.
(Universidad de Castilla-La Mancha)

La creación y uso de un neologismo implican aducir una justificación para la persistencia en el lenguaje de la palabra hallada. Cuando se ha aportado más de un motivo para el surgimiento de tal vocablo y la contribución ha sido aupada por la academia y por la *calle*, sus inventores pueden tranquilizarse. En el libro que aquí se reseña, el término “burorrepresión” se acompaña de un subtítulo crítico. Efectivamente, el propósito de estas 150 páginas en las que confluyen la historia del presente, el derecho administrativo, la ciencia política y la sociología es la denuncia del empleo injusto de un instrumento legal, la sanción administrativa, como herramienta de vigilancia, intimidación y castigo arbitrarios de parte de la sociedad. Concretamente, la burorrepresión es ordenada por las élites políticas del statu quo contra los manifestantes políticos inconformes y las personas más empobrecidas.

Para el coordinador de la obra, la verbalización de “burorrepresión” se trató de una “necesidad” sentida, desde finales de la década de 1990, por colectivos asamblearios comprometidos con la desobediencia civil (dentro de los que él se encontraba muy activo). Las manifestaciones del 15-M (2011) constituyeron el acontecimiento a partir del cual la sanción administrativa se